

El coronavirus y la actualidad de la catequesis de los Inicios del Camino

Volvamos a las catequesis iniciales. Tuvimos la “suerte” de escuchar algunos mensajes proféticos, que en aquella época nos parecían meras proyecciones casi visionarias. Digo suerte, porque ahora las podemos ya, después de haberlas vivido, ratificarlas en la experiencia.

Si os acordáis, una de las catequesis hablaba de cuál era el problema de hombre (la 6ª ¿Quién soy yo?) y la cifrábamos en el “¿Para qué vives?”. En aquella época de convulsiones sociales, reivindicaciones obreras, recién salidos de la II Guerra mundial, la humanidad asumía sobre sus espaldas la reconstrucción del mundo. Hablábamos en la 3ª catequesis de desacralización, descristianización y crisis de fe. Ante ese panorama de secularización, pérdida del sentido de lo sagrado, y falta de identidad con la cultura cristiana, unos acometían la tarea resabiados por las catástrofes de las guerras refugiándose en el derrotismo, otros en el compromiso social, y otros en el optimismo cientifista. Estamos hablando de los albores de los 60. Nadie, excepto algunos especialmente tocados por el Espíritu Santo, hablaba de que eso que empezaba estaba ya fracasado ante de empezar.

Nos decía Sartre: “el hombre es un ser para la muerte”. Llamábamos a eso la irrupción del “hombre nihilista”. El nihilismo se puso de moda, el sinsentido de todo abocó al hombre a vivir para si (“que es el infierno, decía San Pablo”), a buscar desafortadamente el placer, matar el tiempo antes de que el tiempo, que nos recuerda que vamos inexorablemente hacia la desaparición, nos mate a nosotros. Aceptamos como dogma el hedonismo y nuestro lema fue el *carpe diem* agónico. Otros optaron por cambiar el mundo. Pusieron manos a la obra con sus reuniones sindicales, sus reiniciaciones en la calle, sus movimientos políticos. Llamábamos a eso “el hombre socialista” en genérico: es decir, el comprometido con la injusticia, la realidad social que imponía una forma de ver el mundo desde el antagonismo entre obreros y empresarios. Una tercera opción se habría pasado con fuerza. El cientificismo. En la segunda mitad del siglo XX la ciencia y la tecnología irrumpen con una fuerza inusitada. El “hombre de ciencia” confiaba en que lo que no sabíamos hoy, lo sabremos mañana. La poderosa tecnología se abría paso arrolladoramente.

Todo eso era necesario que sucediera porque Dios nos ha impuesto la carga de la libertad y no siempre la gestionamos bien. Pero pasado el siglo empezamos a ver que el hombre nihilista ha agotado las fuentes del placer y quiere morir o que le maten dulcemente, y no deja nacer al que no vale, hoy; mañana, se seleccionará de forma menos grosera. El placer a toda costa ante que nos llegue la muerte y el miedo al sufrimiento le ha llevado a la soledad, a la depresión, al consumo de ansiolíticos, y antidepresivos. A llenar las consultas de los psicólogos, las antesalas de los psiquiatras, a sufrir porque no sabe por qué sufre si lo tiene todo. Le dijeron que haciéndose dios de sí mismo tendría todo lo que necesitaba para ser feliz. Léase el reciente libro *Mi deseo es la ley los derechos del hombre sin naturaleza*, GRÉGOR PUPPINCK.

En los albores del siglo XXI, la explotación a la que aludía nuestra humanista y salvadora utopía marxista, vernos libres de las ataduras del capitalismo, superar las injusticias de clase, e inaugurar una sociedad igualitaria, se ha convertido en igualitarismo injusto, en auto explotación por el miedo que tenemos a perder el trabajo, en nuevas y sutiles formas de lucha social por ese supuesto igualitarismo que nos traerá la felicidad. La disolución de los sexos y 70 géneros para neutralizar las diferencias, la lucha del feminismo mal entendido como “igualación” ... Léase *La sociedad del cansancio* de BIUNG CHUL HAN. Desoímos los gritos del Gulag y vamos a volver a repetir la persecución de la libertad en nombre de la libertad.

Y ya, bien entrados en el siglo, la tecnología salvadora y la ciencia que la avala, nos dicen: “tranquilos tenemos la solución”. Os garantizamos toneladas de pastillas, vacunas que llegarán, bienestar con tu propio cuerpo por amputación y prótesis, modos de entretenimiento, viajes interestelares e interiores con todo tipo de drogas de diseño, y en el último momento, una muerte dulce, como profetizaba Nietzsche respecto a los últimos hombres que poblarán el planeta. Grandes esfuerzos hicieron algunos científicos conscientes de la deriva totalitaria de la ciencia que hará palidecer de vergüenza los totalitarismos de la política. El futuro estará lleno de micro apocalipsis como los que anuncia el evangelio anticipándose desde hace dos mil años a lo que ha de venir. Porque todo lo que toca el hombre, en busca de un bien, tiene un efecto perverso que provoca más mal que el que repara. Como anunciaba otro profeta de la nueva era, Ivan Illich entramos en el siglo de la Némesis¹. Filósofos de la ciencia abogaban por el relativismo (Feyerabend, Kuhn, etc.), porque tomásemos conciencia de que la ciencia no es Palabra de Dios, sino una visión “relativa”, sociológica y perspectivista del universo. Pero no les hicimos caso y ahora los políticos, los nihilistas, y los científicos, unidos, nos hacen entrar en una era post-relativista: ahora sí que ya se acabó a libertad, la autonomía, hemos de pensar todos lo mismo, y bajo el pretexto de que tenemos que ser solidarios y tolerantes vamos a tolerar todo menos la verdad. Una moral dogmática y opresiva se nos impone con criterios científicos y sociológicos.

En esta cuaresma estamos todos recibiendo una Palabra de Dios. Hemos aprendido que Dios habla en la historia, habla en sus silencios, y que ama nuestra libertad. Por eso se auto propone ahora que aprovechemos y hagamos la interpretación correcta de los eventos que suceden en la historia y nos posicionemos. Todavía estoy impresionado por la Película de Malik *Vida oculta*. Todos hemos sido elegidos para en un momento de la historia ser testigos. 40 años de vida oculta para que llega el día en

¹ Palabra de la mitología griega que significa que la ira de los dioses se revuelve contra la soberbia y arrogancia de los hombres. “Los mortales que usurpaban los privilegios que los dioses guardaban celosamente para sí. Némesis es la respuesta de la naturaleza a *hybris*: la arrogancia del individuo que busca adquirir los atributos de un dios. Nuestra *hybris* higiénica contemporánea ha conducido al nuevo síndrome de Némesis Médica” (I. Illich) Pone en tela de juicio los efectos negativos y destructores de la Medicina industrializada que caen sobre las personas como una venganza divina. Illich da tres argumentos para explicar por qué la Medicina ha rebasado los límites éticos y tolerables y se ha convertido en patógena: “produce daños clínicos superiores a sus beneficios”; “enmascara las condiciones políticas que minan la salud de la sociedad”; expropia “el poder del individuo para curarse a sí mismo y para modelar su ambiente”. A lo que yo añado: se deshace del juramento hipocrático y con el pretexto de buscar el bienestar legítima convertir al médico en matarife para construir una sociedad utópica.

que, ante los Hitler de turno, que se van sucediendo en la historia., demos testimonio. Cuaresma viene de cuarenta².

¿Cuál es hoy nuestro modo santo/heroico de entrar en Pascua? Haciendo bien nuestra Cuaresma. Ayuno, oración y limosna. Dado que la humanidad del bienestar ya no sabe lo que es eso... el coronavirus se presenta como una oportunidad única. Estar en cuarentena es entrar en periodo cuaresmal. 40 expresa un tiempo perfecto para completar una experiencia existencial. La cuarentena es un tiempo magnífico para los que siempre tenemos disculpas para continuar corriendo de un lado a otro haciendo cosas, aprender a estar quietos y callados. Cuaresma es retirarse al desierto: ¡qué mayor desierto que la propia casa, encerrados! La lucha en la cuaresma no es contra la carne ni la sangre, ni contra los virus (es una batalla en paralelo). La verdadera batalla es contra los espíritus del mal que habitan en el mundo tenebroso (Ef 6, 12). Ese espíritu tenebroso es el que dice al hombre: “estas solo”, “ese Dios en el que confiabas te ha abandonado”; “¿cómo dice que te ama y permite esta tragedia?”. A partir de ese momento el hombre vive como un zombi. Mira donde chupar vida y solo encuentra soledad, incomprensión, se siente desatendido, pensaba que era el rey del universo y no hay tiempo para él. El Estado a duras penas puede atenderle en sus necesidades. Se encuentra en un desierto poblado de aullidos de sirenas.

Las tres horas 15 minutos de Malik, la cuarentena del COVID19, no son más que símbolos de una humanidad que necesita pararse a pensar... la pena es que algunos tachan este mensaje de religioso y ya no quieren seguir interrogándose. A unos les tiemblan las piernas, otros solo miran a la ciencia -ciertamente hay que mirarla- y alaban a los sanitarios -ciertamente hay que hacerlo-. Están ahí para poder sellar el sarcófago de Chernóbil, Fukushima, y todos los sarcófagos -que nombre tan bien buscado- radiantes de muerte que nos esperan. ¿Os acordáis de que en las catequesis hablamos de la Fábrica Bunsen que tuvo un escape de gas? Desde entonces (1968) ha habido muchos escapes que sirven para ilustrar lo que se nos decía en esa catequesis profética: porque no nos puede servir de anestesia las curvas estadísticas que nos dicen que es estacional, que pasará -aunque también vale-, tenemos que mirar más allá. La pregunta no es de dónde viene este virus. No estoy hablando de perversiones psicópatas, conspiraciones o localizaciones. Más bien estoy preguntándome *para qué* este virus, venga de donde venga.

²«Cuarenta, en lugar de un "número" determinado, designa en la Biblia el tiempo para un cumplimiento espiritual, que ha alcanzado su madurez y ha logrado su propósito. Cuarenta son los días y noches de la duración del Diluvio (Gen 7,4.12.17; 8,6). Cuarenta son los años de peregrinación en el desierto, durante el cual Israel completa su aprendizaje de fe, esperanza y caridad. (Ex 16,35; Nm 32,13; 33,38; Dt 1,3; 2,7; 8,2.4; Js 5,6; Ne 9,21; Sal 95,10; Am 2,10; 5,25; At 7,36.42; 13,18; Eb 3,9.17); Cuarenta serán los días del “noviciado” de la fe pascual para la Iglesia de Jerusalén (Hechos 1: 3). Cuarenta son los días y noches durante los cuales Moisés permanece con el Señor en el Monte Sinaí, sin comer pan y sin beber agua (Ex 24.18; 34.28; Dt 9.9.11.18.25; 10.10; 29.4 ; cf. los cuarenta días y las noches relativas del ayuno de Jesús en el desierto: Mt 4,1-2; Mc 1,12-13; Lc 4,1-2). Cuarenta días dura la exploración en Canaán de los exploradores que partieron del desierto de Paran (Nm 13.25; 14.33-34); cuarenta son los años de paz que disfruta la tierra de Israel bajo los jueces (Jc 3,11.30; 5.31; 8.28; I Sm 4.18). Cuarenta son los años del reinado de Saúl (Hechos 13:21); los de David (2 Sm. 5: 4-5; 1 Reyes 2:11; 1Cr 26: 31; 29: 26-27), y los de Salomón (IRe 11,42; 2Cr 9,30. Cf. Gn 26,34; Dt 25,3 [cf. 2Cor 11,241; Js 14,7; I Sm 17,16; 2Sam 2,10; IRe 19,8; 2Re 8,9; 12,2, 2Cr 24,1; 2Mac 5,2; Ez 4,6; 29,11-13; 41,2; 46,22; etc.).» Cf. Rossi de Gasperis, F y Carfagna, A., *Prendi il libro e mangial*, EDB, (Org. 1997), 7ª edc. Bolonia 2019.

Los mensajes esperanzadores son buenos, mucha gente los necesita para no precipitarse en el abismo psicológico de la falta sentido del sufrimiento que padecen de forma crónica.

¡Deben darse esos mensajes, cómo no! Pero también debemos advertir que la alienación es un mal favor para la humanidad. Porque este no es más que un episodio entre los muchos que ha habido y los que vendrán. Todos los mitos del planeta se preguntan por estas catástrofes. La historia está llena de migraciones increíbles, obligatorias, exilios, terremotos, volcanes, inundaciones, guerras, epidemias de otros tipos de virus, escapes radioactivos. Cíclica y machaconamente la historia nos recuerda que somos frágiles, que todo está amenazado, que el planeta no durará eternamente, y que ninguno *sabemos el día ni la hora*. Pero ninguno queremos atender las requisitorias que nos lanzó el Nuevo Testamento repleto de anuncios micro apocalípticos, astronómicos, humanos, que no responden a las creencias o la ciencia de aquel momento. Hoy estamos en condiciones de hacer esas previsiones desde la ciencia, pero Cristo las hizo hace 2000 años sin ciencia alguna.

Necesitamos una nueva ciencia. La definitiva. No una que crea muerte, que se vende al dinero, a la erradicación del sufrimiento, al éxito, a la política, a la autodivinización, sino otra que ataje el problema en su raíz. Necesitamos una ciencia sabia, no solo una que tenga conocimientos. ¿Cuándo hablamos de la sabiduría de la cruz de qué hablamos?

Él es el paradigma del que bebe Franz, Edith Stein, Bonhoeffer, Kolbe y tantos otros miles. Él es que se atrevió a entrar en el sarcófago nuclear y apagar la radioactividad que causa la muerte. Él es el que amortizó nuestro pánico no confesado a desaparecer para siempre. Miedo que nos mueve a huir de ella despavoridos con instrumentos cada vez más sofisticados: tecnológicos, científicos, emocionales, pero que al final son meros parches para atajar los fenómenos mediante los cuales se exterioriza el mal radical. La muerte, por mucho que los transhumanistas intenten inmortalizarnos, es el horizonte penúltimo, la verdad, la patencia inapelable del mal radical³. Para llegar a la resurrección hay que pasar por la muerte. Todos los santos y grandes filósofos se han enfrentado a ella.

No se puede dar sentido a la vida sin enfrentarse a la muerte. «No es posible pensar la vida sin que entre en dicho contenido reflexivo el hecho de la mortalidad, el ineludible final que a todas las personas aguarda pronto o tarde, y ante el cual se ha de tomar alguna actitud... Pensar la existencia humana y pensar la muerte (o vivir la vida y la muerte) son dos caras de la misma realidad antropológica, que convierte la trayectoria vital de cada sujeto en algo original, irreversible»⁴.

³ Decía Ciorán: «Los filósofos son demasiado orgullosos para confesar su miedo a la muerte ... Hay en sus consideraciones sobre la muerte una serenidad fingida: son ellos en realidad quienes más tiemblan ante ella. Pero no olvidemos que la filosofía es el arte de disimular los tormentos y los suplicios propios».

E.M. Cioran, *En las cimas de la desesperación*, Tusquets, Barcelona, 2003, pp 51-52.

⁴ Bonete, E., *Ibíd.*, p. 16.

El problema para no aprender de este dato científico es que queremos lo que viene de la Revelación sin incluir al Autor. Queremos lo que significa ser humanidad sin lo que comporta de ingrato, queremos lo que nos da la vida en sociedad sin rozar al otro en sus miserias, queremos la verdad sin dejar nuestras mentiras, queremos pensar, pero solo opinamos. Estos nombres sagrados han sido tan contaminados por su uso abusivo y fraudulento que han hecho casi irreparable el daño.

De esta búsqueda de la humanidad que pretende concedernos la felicidad hemos hecho una reducción patética y secular de su potencial: nos hemos conformado con una pátina superficial de convivencia, colaboración y pensamiento instrumental. Tratamos de curar un cáncer con agua oxigenada. Para acabar con la fuente de la metástasis hay que ir al núcleo radiactivo. Para acabar con los coronavirus que vendrán hay que ir al núcleo en donde radica su capacidad de dar la muerte. Es la soledad radical, es el pensamiento que busca seguridades a cada paso, es el miedo a la verdad, es el culto a la tecnología, al placer, es haber opacado que hay que morir a uno mismo para ser. Bunsen, Chernóbil, Fukushima o Wuhan son la clave.

Vayamos al síndrome: cuando explota el reactor podemos aportar todo tipo de recursos, métodos, instrumentos, medicinas, hospitales universitarios, terapias, ambulancias conceptuales, apósitos económicos, fondos increíbles para la crisis, sacar al ejército a la calle, coagulantes en las heridas, palabras y palabras, tesis incluso, pero si no vamos a sellar el sarcófago nuclear la radiación sigue matando. Hay que ir al fondo del ser: el miedo que el hombre tiene a la muerte. ¿Dónde está el origen del mal? La política y la tecnología no tienen la solución, sólo son el inicio del camino. Luego hay que llegar hasta donde está roto el reactor y sepultarlo bajo hormigón, pero para eso alguien tiene que morir, arriesgarse a contraer cáncer para mostrar que hay vida más allá de la muerte radioactiva, como el microbiólogo de Wuhan. Para acompañar, repensar y buscar la verdad hay que arriesgarse y hay que hacerlo en comunidad. Alguien conduce el helicóptero, otros hacen el cemento, otros nos guían con sus planos, otros nos advierten de las medidas precautorias, otros han estado en el corazón de la metástasis y nos previenen, otros nos aconsejan cómo hacerlo. Como comunidad es más fácil acabar con la radiación, cerrar el sarcófago, eso es lo que están haciendo nuestros sanitarios, policías, y demás sistemas de contención de la plaga, pero aún así solo son parches. Creernos dioses solitarios nos expulsó del paraíso; también ponernos de acuerdo como humanidad auto creada para sustituir a Dios nos expulsó del Valle del Senaar, tras el proyecto Babel.

Es un dato curioso que en la mitología griega todos los hombres y semidioses que retratan lo humano son unos solitarios patéticos: Narciso, Sísifo, Prometeo. Tienen que sortear miedos, enfrentarse al destino, defenderse de los otros, aspirar a pequeños e imaginarios paraísos mediocres, obra de sus manos. Nosotros pertenecemos a una cultura comunitaria. Lo judeocristiano es un *nosotros* en búsqueda comunitaria del retorno a lo sagrado, al paraíso.

Para volver a él hay que arriesgarse. Quiero cerrar este apartado con una pregunta provocadora, para dejar el alma inestable, y remover a los que se creen sanos y saludables, que sonreirían compasivamente ante la pregunta como si fuera una

hipérbole: ¿dónde está la metástasis originaria? Porque de momento, lo que podemos decir es que las ciencias y la filosofía no dan con ella, han confundido paraíso con utopías, con que “no pase nada”, con “ya lo resolveremos”.

«¿Cómo explicar esta desconcertante incapacidad de la razón para aliviar nuestra angustia? ¿Por qué la filosofía fracasa tan estrepitosamente a la hora de darnos consuelo en esta cuestión?»⁵

El veneno se cura con el veneno, el antídoto es extraído del veneno (los griegos lo llamaban *fármakon*). La amargura se quita abrazando la amargura. El leño amargo endulza el agua amarga. La cruz es la llave que da sentido a la muerte del ser. La muerte cura la muerte. Los padres griegos no suelen utilizar la palabra *stauros* (cruz) para referirse al instrumento del suplicio de Cristo sino *xylon* (leño, madero). Remiten siempre a las aguas amargas de Mará⁶ en el desierto que fueron endulzadas por Moisés con un leño; o al mástil en el que Moisés enroscó una serpiente de bronce, para neutralizar el veneno de las serpientes que provocaban la muerte -sugerencia de YHWH a Moisés⁷- haciendo que se curaran todos aquellos que levantando la vista la miraban. ¡Dejemos de echar azúcar en las heridas, estas se curan con sal! Todas nuestras técnicas y métodos científicos y psicológicos tratan de echar azúcar a las heridas que nos motivan al estudio de la naturaleza herida/caída de las personas. Todas las ciencias esconden en su cometido y motivación la reparación de las carencias, la cauterización de las llagas del ser humano derivadas del pecado original. Estas llagas son la manifestación externa de esa infección antropológica que no deja de reproducirse de generación en generación.

No podemos perder la perspectiva. Cuando investigamos cómo una célula se come a otra, lo que estamos sintiendo es el vértigo de lo que está fuera de control, que tarde o temprano nos afectará y desvelará el sinsentido de todo aquello por lo que nos movemos y existimos. Cuando repensamos la bioquímica, la estadística, el derecho, el efecto perverso es que desde ese lugar creemos estar atacando al mal radical cuando solo estamos poniendo paños calientes en su superficie aparente. Si no las penetramos por la incómoda pregunta: ¿qué sentido tiene el sufrimiento, la muerte, la injusticia, la

⁵ Bauman, Z., *Mortalidad, inmortalidad y otras estrategias de la vida*, Sequitur, Madrid, 2014, p. 12.

⁶ Éx, 15, 22. “Moisés hizo partir a los israelitas del mar de Suf y se dirigieron hacia el desierto de Sur: caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua. 23. Luego llegaron a Mará, porque era amarga. Por eso se llama aquel lugar Mará. 24. El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Qué vamos a beber?» 25. Entonces Moisés invocó a Yahveh, y Yahveh le mostró un madero que Moisés echó al agua, y el agua se volvió dulce”.

⁷ Números, 21, 4-9 “Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos habéis subido de Egipto para morir en el desierto? Pues no tenemos ni pan ni agua, y estamos cansados de ese manjar miserable.» 6. Envió entonces Yahveh contra el pueblo serpientes abrasadoras, que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel. 7. El pueblo fue a decirle a Moisés: «Hemos pecado por haber hablado contra Yahveh y contra ti. Intercede ante Yahveh para que aparte de nosotros las serpientes,» Moisés intercedió por el pueblo. 8. Y dijo Yahveh a Moisés: «Hazte un Abrasador y ponlo sobre un madero alzado. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá.» 9. Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida.” Curiosamente el pueblo hizo de ese milagro su propio ídolo, y como si fuera la diosa Asera, llevaron su serpiente de bronce con ellos, hasta que en Reyes 18, 1-4, fue destruida para siempre. La idolatría se adapta a los nuevos tiempos bajo centenares de disfraces.

insuportable soledad no querida?, no aportamos nada que no hagan otros ya, mejor y con más medios. En definitiva ¿por qué la cruz es el símbolo universal en el que Dios se ha querido presentar a nosotros como culmen de su encarnación? Basta de mirar para otro lado, la epidemia es de otra naturaleza que vírica. Es no querer ver que el único horizonte es la conversión. Pandemias vendrán, guerras, catástrofes de todo tipo pues el mundo, el propio universo está concebido inestable, libre, azaroso, para posibilitar la dignidad, la colaboración en la creación del ser medio-divino que somos, capaz de lo mejor y de lo peor, para exhibir el esfuerzo humano para salir de nosotros mismos e ir al encuentro del otro, como fórmula de realización, como retorno al paraíso del que nos expulsamos nosotros mismos sospechando de la bondad de Dios.

Ojalá nos sirva esto para cambiar de mentalidad. Metanoia, conversión es la palabra. Hablemos de la oportunidad que nos ofrece la crisis actual del coronavirus. Robert Karasek distingue entre el estrés que aparece por el trabajo excesivo y la presión de los plazos, y el estrés que surge cuando las personas pierden la sensación de ser dueñas de su vida. Este tipo de estrés va acompañado de un riesgo mayor de sufrir enfermedades cardíacas. Esta forma de estrés se reduce cuando las personas desarrollan un sentimiento de pertenencia, de espíritu comunitario y tienen un objetivo en la vida. Durante la Segunda Guerra Mundial en Inglaterra la esperanza de vida aumentó seis años, y esto pese a la escasez de alimentos, la disminución de los estándares de vida y el fallecimiento de treinta mil personas en Londres en los ataques aéreos y de cuatro mil soldados en la guerra. Es cierto que seguían existiendo diferencias entre pobres y ricos, pero las personas se mantuvieron unidas y desarrollaron una ética de la solidaridad y la cooperación. La nación compartía una misma voluntad. La vida de las personas tenía un sentido, los individuos tenían un sitio en la estructura social y no se sentían desamparados⁸.

Cuando buscamos “la comunidad” detrás de “una comunidad” es porque solos no tocamos la vida, ni el ser integral, solo la herida superficial que duele y que tiene que ser curada por otro. Hacerse la cirugía a sí mismo para cauterizar la llaga no es solo difícil sino peligroso. Necesitamos la mirada enfrentada del otro. El rostro enfrente del otro mira mejor que yo mismo en un espejo. Ve más porque mira desde una perspectiva mejor. La necesidad de ser mirado denuncia lo precaria, lo incompleta que es la mía, parcial, doliente, solitaria, aquejada de la carencia principal provocada por el mal radical.

Ser comunidad no es un fin en sí mismo sino un medio para retornar al paraíso del que nos expulsamos a nosotros mismos cuando nos hicimos dioses, concedores del bien y del mal, y sospechamos de la supuesta bondad de un Dios creador⁹ y tocamos el

⁸ R. Karasek, El modelo de demandas/control: enfoque social, emocional y fisiológico del riesgo de estrés y desarrollo de comportamientos activos Robert Karasek 34.6 *Factores psicosociales y de organización*.

<https://www.insst.es/documents/94886/162520/Cap%C3%ADtulo+34.+Factores+psicosociales+y+de+organizaci%C3%B3n> Consultado 26/09/2019.

⁹ Nietzsche, F.: *Die fröhliche Wissenschaft* . Af. 125: «“¿Dónde está Dios?” -gritó-, ¡os lo diré!- ¡Nosotros lo hemos matado -vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos!” Pero ¿cómo hemos hecho esto? ¿cómo hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte entero? ¿Qué hemos hecho que hemos soltado esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Hacia

árbol de la vida (por cierto, el título de otra de las películas de Malik). Ese retorno solo es posible siendo reengendrados, *volviendo a nacer* (Nicodemo: Jn 3): volviéndonos inocentes, investigando nuestro origen, restableciendo el cordón umbilical con el Dios que nos creó con un propósito: vivir en comunión con él y con los demás. La única esperanza posible es tener la vista puesta en la **resurrección** de Cristo, porque la muerte es el horizonte seguro que nos espera, sino es con el COVID19 será con otro, pero es lo seguro. No quiero colaborar al mecanismo de escape permanente en el que la humanidad vive. Hay que coger el toro por los cuernos. ¿Para qué vivimos? Poníamos el ejemplo del que se sube a un autobús a hacer una encuesta y nadie sabía para qué lo había cogido, a dónde iba, o cuál era su parada. Si solo vivimos para nosotros eso es el anunciado infierno sartreano. Si el universo tiene un sentido hay que dedicarse a buscarlo. Es para que lo encontremos por lo que somos radicalmente libres. Démonos esa oportunidad de contemplarnos como humanidad en busca de destino. Hemos sido subidos a un autobús, que tiene un destino final, somos peregrinos, pasajeros en tránsito.

¿Cómo se repara el daño realizado por las filosofías de la sospecha de la bondad de Dios? El mal radical deriva de este asesinato de Dios. Nietzsche lo tiene claro, son sus epígonos los que creen que el Dios judeocristiano ha muerto de viejo, apolillado. No, ha sido la víctima de un asesinato ritual. El mal radical, que es el asesinato de Dios, la expulsión de Dios de nuestro pretendido paraíso arrogante nos ha hecho, al vivir sin ÉL, vivir contra los otros. Eso es lo que dice Génesis hasta el punto álgido de Babel. ¿Cómo reparar el desastre? Obvio, con el bien radical. Si queremos fallar en el intento de hacer una revolución social significativa para dejar un planeta habitable a las siguientes generaciones sigamos buscando sucedáneos innovadores, métodos, para solucionar nuestros fracasos o cumplir nuestras metas. Ninguno nos satisfará. El siglo XX nos ha mostrado el éxito del paradigma inaugurado por el nihilismo: dos terribles guerras más otra "fría", bombas atómicas, epidemias, crímenes inéditos, terrorismo indiscriminado contra inocentes, perspectivas ecológicas desastrosas (leamos la encíclica papal: *Laudato si'*, Francisco). Hemos convertido el planeta en un vertedero y un gran cementerio. En el siglo XXI el terrorismo y la guerra biológica tendrán su protagonismo.

No nos podemos engañar una vez más pensando: todo pasa, la humanidad sigue. Es grandioso que todo esté amenazado, que todo sea imperfecto, y que todo tenga que pasar por la debilidad, y que eso sea paradójicamente lo perfecto. De esta fragilidad tenemos que aprender algo: destacar que lo único que vale, y es eterno, es el bien radical, es lo gratuito. Lo gratuito no es exigente, no se jacta, no se engríe, no tiene tácticas, escucha, sabe perder el tiempo, sabe esperar, lo gratuito (gratia) es el amor. ¿Puede darse eso en una institución tan dispar y variopinta, con gente tan diversa? Sí:

dónde nos movemos? ¿Lejos de todos los soles? ¿No nos precipitamos más y más? ... ¿No erramos como a través de una nada infinita?... ¿No viene siempre la noche y siempre más noche? ¿No hace más frío? ¿Todavía no oímos nada del tumulto de los enterradores que enterraron a Dios? ¡Dios ha muerto y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo nos consolaremos, los asesinos de todos los asesinos?...» «...Lo más sagrado y más poderoso que el mundo hasta ahora poseyó se ha desangrado bajo nuestros cuchillos. ¿Con qué agua podríamos purificarnos? ¿Qué ceremonias de expiación, qué juegos sagrados, habremos de inventar? ¿No es la grandeza de este acto demasiado grande para nosotros? ¿No tenemos que *devenir dioses nosotros mismos*, para, al menos, parecer dignos de ella?»

no los unos por los otros, si no pasión por la misión que ha de ser compartida por la humanidad que es amor al hombre y la verdad. Ese es el bien radical por lo que estamos aquí. Hay una esperanza radical: como dice la sabiduría hebrea, antes de crear el mundo YHWH creó la *teshuvá*, la posibilidad de retorno a la amistad con Dios. ¿Por qué hay retorno? Porque alguien nos ha mostrado que este Castillo kafkiano no es tal, que la puerta abre a otra realidad y que para entrar por ella tenemos que reconciliarnos con nosotros mismos y con los demás, hacernos pequeños, como las hijas de Franz y ser humildes hasta el punto de no absolutizar el tiempo que os toca vivir. A lo mejor solo somos para ser en un determinado minuto de nuestra corta o larga vida.

¡Persigamos la Verdad! Busquemos la verdad que nos da la auténtica *esperanza*, no el cumplimiento de las expectativas de lo que parece ser. ¡Seamos optimistas en sentido radical!, es decir, desde la raíz bien anclada en el amor a la verdad. Y no seamos optimistas superficiales por ingenuos y buenistas. Podemos cambiar el mundo, debemos hacerlo porque este es el verdadero reto que se nos encomienda: contribuir a resaltar la belleza de la creación, el don amoroso recibido gratuitamente por parte de un Dios, cuyo amor es tan inmenso que no nos conculca la libertad de destruirlo todo.

Hay que desautorizar al mal que se instala en la superficie, y se oculta tras la pereza, la mentira, la descomuni3n, la divisi3n, el individualismo. Tenemos que buscar el otro lado del binomio. La ant3tesis. ¿Podemos construir la comunidad desde el individuo, educar para aprender a detectar el núcleo de la radiaci3n mort3fera, la soledad y la autosuficiencia, el amor al dinero, la opini3n como verdad? Ese es el objetivo. Hemos de cambiar la cultura de las seguridades cient3ficas por la de la *perplejidad*: reconocer que no sabemos lo que est3 ocurriendo. Tenemos que cambiar el glosario de los t3rminos que utilizamos, esa es la verdadera revoluci3n disruptiva. Utilizamos t3rminos que han perdido su significado originario, que ya no dicen aquello que trataban de expresar. Ya no estamos en una sociedad relativista, nos encontramos en un momento posrelativista, donde los que nos dicen, u obligan a pensar, qu3 es la verdad solo mienten.

Tenemos por delante un largo camino, pues como dec3a Guardini: “las cosas de Dios nos vienen no como resultados conclusivos, sino como caminos vivos”.

Hemos de lanzarnos preguntas inc3modas... ¿Qu3 es la vida? ¿Hacia d3nde vamos? ¿Qu3 es la verdad? ¿Qu3 implica verdaderamente ser humanidad? ¿Qu3 es pensar y repensar? ¿Para qu3 vivimos? ¿Qu3 es lo que nos mata? ¿Tiene la historia alg3n sentido o es el loco shakespeariano el que la relata? Todas ellas se resumen en una, como dir3a Kant: ¿Qu3 es el hombre? Somos invitados a salir de nuestros pequeños mundos, de nuestras seguridades psicol3gicas llenas de prejuicios, y de estereotipos sustentados sobre ficciones cient3ficas, tecnol3gicas, emotivistas o religiosas... Tenemos que empezar a pensar en t3rminos de comunidad planetaria, aprender a escapar de los pequeños reinos de taifas emocionales, a ponerlos en crisis, a juzgar severamente nuestro nacionalismo, nuestro narcisismo egoc3ntrico, desguarnecer nuestros cuarteles de invierno... aunque vivamos en ellos y no podamos perderlos de vista sin perder nuestra primera identidad.

Lo imposible de controlar es lo que define la vida humana. Los intentos de controlar lo que se nos escapa son patéticos, ponen en evidencia nuestros miedos y embargan lo maravilloso de la vida humana, aquello que nos llama a pensar, a tomarnos en serio, a acompañar, a ser comunidad: la libertad cuando la perdemos, los accidentes inesperados, la muerte de un hijo, la enfermedad y, también, el amor gratuito, la alegría compartida, la comida común, todo aquello que justo es lo más importante. Esta es la gran oportunidad que nos brinda el coronavirus. Es terrible decir esto, trasladable a toda oportunidad que nos ofrece la historia de los totalitarismos, de que se puede aprender del mal y del dolor insoportables.

Cuando viene el imprevisto y nos asalta lo anulamos, lo narcotizamos, culpamos a otros, lo anestesiarnos, o lo llamamos “asombro” -aunque en realidad lo que despierta es rabia contenida de impotencia que inmediatamente convertimos en rutina para no sentir el vértigo o lo despreciamos para no tener que depender del otro y mostrar nuestra debilidad. Antes se llamaba a eso cruz, el sufrimiento que te asalta, con el que no contabas. Ahora, después de Nietzsche, lo llamamos fatalidad, destino. Antes lo dotábamos de sentido. Nuestra forma de afrontarlo era responder a la pregunta ¿Qué nos quiere Dios decir con este acontecimiento? ¿Qué tengo que aprender? ¿Qué sentido tiene? ¿Cómo esto me va a hacer más persona? Ahora hemos expulsado de nuestro pensamiento esta pregunta. Habiéndonos hecho dioses por el conocimiento, creyendo que construíamos un mundo perfecto, reparando una creación mal hecha, nos encontramos en que no tenemos respuesta para la frustración, para el fracaso, para la imperfección. Nos hemos hecho inmunodeficientes para afrontar las enfermedades del alma. Nos hemos hecho intolerantes a la decepción. Lo malo es que tras el incumplimiento de las promesas de la ciencia que nos auguraban un *mundo feliz* retornan los brujos y la superstición; los falsos anuncios, la pseudociencia, las mentiras de los políticos y el pensamiento a medias.

Motivos para la esperanza.

La forma, inédita en la historia, hasta la llegada del cristianismo, es explícita en la *Deus Caritas est*: donarse gratuitamente es la plena realización del ser humano. Antes que dar objetos o darse a sí mismo como objeto, hay que haber recibido de otro el ser y reconocerlo¹⁰. ¿Qué es lo que el hombre necesita en una sociedad que se da todo, desde la salud (hasta la irrupción del coronavirus casi lo creemos entre epidemia y epidemia) al trabajo, y que cubre las necesidades primarias de seguridad y bienestar suficientemente, en la que el Estado paternal cubre casi todas las necesidades y que, sin embargo, el número de muertes violentas más alarmante lo constituye el suicidio? Las estadísticas de la OMS son explícitas. El 50 % de las muertes violentas en el mundo son suicidio¹¹. ¿Qué es lo que el hombre necesita cuando las alarmas de los psicólogos y sociólogos se encienden señalándonos lo que llaman “sociedad del cansancio”, “epidemias de soledad”, “sociedad narcótica”, “líquida”? ¿Qué es lo que el hombre necesita cuando alguno de los fármacos más vendidos son los ansiolíticos y

¹⁰ La encíclica *Deus Caritas est* comentada. Cf. www.angelfilosofia.es. Bonhoeffer: “El hombre es ‘para otros’. El ser *para-sí* es declarar que los otros son el infierno”.

¹¹ http://www.who.int/mental_health/suicide-prevention/infographic/es/ (Consultado 24/09/2019)

antidepresivos? ¿Cuándo las políticas que nos gobiernan justifican con sus leyes la extinción de los seres humanos no válidos o costosos de mantener, niños o ancianos? Algunos hablan de cultura de la muerte, sociedad melancólica, depresiva, de solitarios. Las estadísticas no engañan respecto a la soledad, la familia mononuclear, los índices de alcoholismo, el absentismo laboral, el incremento de la gente sin hogar, los ancianos abandonados a su suerte, de la violencia en las calles, en las casas, de adicciones... los ciclos víricos nos distraen la atención de la verdadera muerte.

Lo que está muerto no es ese cuerpo concreto con un nombre propio. Lo que está muerto es ser del hombre y este se cura dando el ser¹². La enfermedad recibiendo cuidados. Dar el ser es entrar gratuitamente en la dinámica del sacrificio: ¿qué es sacrificar? La búsqueda del sentido de los ritos, de la liturgia, de los símbolos, es algo constitutivo del ser humano. Sacerdote es el que hace lo sagrado, que es el sacrificio. Pero cuando lo hace está conmemorando el único sacrificio que vale: el de un Dios que se dio a sí mismo en expiación. Este sacrificio hace pasar el culto de la Iglesia de lo sagrado a lo santo. Por eso el sacerdote, más que un repartidor de culto al otro es el transmisor de la misma sangre en su propia sangre: o se da a sí mismo o está vacío de sentido lo que hace. Lo sagrado arcaico se queda en numinoso, misterioso, envuelto en sangre¹³, lo santo se transforma en liturgia de santidad, en implicación ética que trasciende los límites de la ética¹⁴.

La pregunta que nos asola ante estas repetitivas situaciones cada vez más abundantes es: ¿se trata de donarse todo o solo en parte? Todo el mundo reclama el todo. El amor es todo o nada, no hay fragmentos a compartir. Al menos en lo no compartible, que es el ser, que no se puede trocear. ¿Pero “todo el ser” quién nos lo dará? El mercadeo del amor es el consuelo de los que habiendo aspirado a todo se han quedado a medias. Los hombres se autoafirman: “no hay nada más”. La tristeza y la

¹² Por eso el centro de toda la vida de la Iglesia es la eucaristía, y por eso en su cabeza (Cristo) la representa el sacerdote: hace lo sagrado, no un culto vacío; hacer lo que sacrifica es darse. San Ignacio de Antioquia pidiendo a sus hermanos que dejen que los leones lo mastiquen, ejemplifica esta visión perenne de la vocación de la Iglesia.

¹³ Respuesta del señor M. SERRES al discurso del señor R. GIRARD, *Discurso pronunciado en la sesión pública de la academia francesa* (15 de diciembre de 2005): “Hay dos clases de religión. Casi naturalmente, las culturas engendran las religiones de lo sagrado, que se distinguen de aquellas que estos mismos colectivos apenas pueden tolerar [el cristianismo] porque, santas, impiden el asesinato. Raro y difícil de vivir por su excepción insoportable, el monoteísmo trae la crítica más devastadora de los politeísmos corrientes, que resucitan sin cesar con su fatalidad. Lo santo critica lo sagrado, como el monoteísmo la idolatría [...] De golpe, usted me ha hecho comprender esto, que ha cambiado mi vida, la de distinguir lo santo de lo sagrado, ni más ni menos que lo falso de lo verdadero. *Teología, ética, epistemología hablan, en tres disciplinas, como una sola voz. [...] Lo santo se distingue de lo sagrado. Lo sagrado mata, lo santo pacifica*. No violenta, la santidad se aleja de la envidia, de los celos, de las ambiciones de las posiciones de grandeza, asilos del mimetismo y así nos libra de las rivalidades cuya exasperación conduce hacia las violencias de lo sagrado. El sacrificio devasta, la santidad ilumina. Vital, colectiva, personal esta distinción recubre aquella, cognitiva, de lo falso y lo verdadero. Lo sagrado une violencia y mentira, asesinato y falsedad; sus dioses, modelados por la colectividad furiosa, rezuman lo inventado. Por el contrario, lo santo armoniza amor y verdad. Sobrenatural genealogía de la verdad que la modernidad no lo sospechaba: no llamamos verdadero más que a amar inocentemente; no descubriremos, no produciremos nada si no nos convertimos en santos”.

¹⁴ “Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios” (Rom 12,1).

amargura se apoderan de ese sentimiento frustrante de que no hay nada más. Ciegos que guían a ciegos. No se puede dar lo que uno no tiene. Tiene uno que haberlo recibido todo para poder darlo todo.

El neopelagianismo mundial en el que estamos inseridos¹⁵ cree que no se necesita a la Iglesia ni la ayuda de la gracia para hacer el bien, pero con eso se pierde una dimensión antropológica y social que no puede dar la solidaridad entre los pueblos, la ética cívica o la educación de la ciudadanía, aunque ya solo esto sea maravilloso y una consecuencia no reconocida de la influencia del cristianismo en la historia. ¿De qué tipo de bien hablamos? El concepto de bien que manejan las éticas dominantes se queda corto.

Haría falta una supraética para comprenderlo. Se trata según la encíclica *Deus Caritas est* de un amor por encima de la muerte. No valen pactos. ¿Puede brotar la fuerza que el hombre necesita para amar así, la capacidad de donarse a sí mismo para que el otro sea, de un sacramento devaluado, o considerado un rito en desuso, o mejor, desnudado de su significado? La fuerza deriva de la participación en un sacramento que, sin tener que pasar necesariamente por el sufrimiento de Cristo, sin embargo, produce el mismo efecto que produjo en él: hace experimentar la resurrección en aquel que come su carne y bebe su sangre, es decir, da la fuerza para vivir para el otro¹⁶. Este descubrimiento está en las antípodas de la vida sin Cristo y sin la Iglesia. Lo que el hombre no ha advertido es que vivir para uno mismo, algo que no se pone en cuestión como objetivo vital del hombre postmoderno, es el infierno, es la soledad y el miedo al otro, una condenación que pesa como una losa. Sartre y el nihilismo al uso nos lo recuerdan una y otra vez con el pesimismo del que sabe que no hay salida (*A puerta cerrada*). Vivir para el otro es la fuente de la vida, de la realización como persona, de la verdadera humanización.

Hoy estamos obligados a aislarnos, pero no es más que una imagen de como vivíamos, aunque nos parecía estábamos comunicados, en comunión unos con otros. «Sobre todo, hoy, cuando el aislamiento y la soledad son una condición generalizada, a la que en realidad no ponen remedio el ruido y el conformismo de grupo, resulta decisivo el acompañamiento personal, que da a quien crece la certeza de ser amado, comprendido y acogido»¹⁷.

Ahora bien, el tema es si se puede dar lo que uno no tiene. ¿Dónde y cómo se puede recibir? Esta es la oferta de salvación en la historia que prepara para el más allá de la historia. La necesidad de un amor no negociable, de un amor gratuito, que el hombre tiene como posibilidad, aun cuando cree que no existe, si se abre a la fe. ¿Dónde encontramos esa vocación a la caridad en forma de acompañamiento al otro herido?

¹⁵ Otra herejía expresada en el espíritu prometeico (activismo de la Iglesia).

¹⁶ “Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor, 5, 15).

¹⁷ Benedicto XVI, Discurso en la inauguración de los trabajos de la Asamblea diocesana de Roma, Vaticano, lunes 11 de junio de 2007.

Es la oportunidad de anunciar el Evangelio. Solo la Iglesia tiene la posibilidad de comunicar este secreto a voces que guarda desde hace milenios, porque ella es este mismo cuerpo redivivo, hecho carne, que hace extensivos los miembros de Cristo al hombre de cada generación para que se pueda unir a él, para que se le pueda tocar, conocer. La Iglesia hace de manos de Cristo para tocarle y de altavoz para oírle.

Necesitamos saber que Alguien ha arriesgado su vida para sellar el sarcófago de Fukushima que no dejaba de irradiar muerte: que ya podemos tener esperanza, perder el miedo, que no nos morimos. Tapó el reactor nuclear, dando su vida. Estamos alegres, y ya no es una alegría banal, porque está desalienada. Ya podemos seguir enviando ambulancias, médicos, enfermeros, ingenieros, psicólogos a los alrededores de Fukushima para hacer más fácil la evacuación o de los hospitales, sellar ciudades y países, aliviar el dolor, calmar el picor en la piel, dar de comer a los enfermos, porque sabemos que somos el penúltimo y maravilloso recurso amoroso, pero no la salvación del cáncer. Este ha sido derrotado, vencido, sólo por Cristo. La esperanza existe. Él, el que es, ha vencido la muerte, ha neutralizado el veneno radioactivo mortal. Él es el modelo, el camino, la verdad, la vida.

Porque como decía San Ignacio de Antioquía: (30 -107d.c): “Se educa mucho con aquello que se dice, pero más con aquello que se hace, y mucho más con aquello que se es”. Cristo *es el que es*, el que vive (*Christus vivit*, Francisco). Es el que ha dicho que ser es ser para otro. Necesitamos ejercitarnos en el amor, en la paciencia, en salir de nosotros mismos. Ya no generaremos programas, ni fabricaremos instrumentos para escapar del pánico a la muerte, sino para darle sentido. Si no apuntamos a “la clave de bóveda del sentido de la vida: la resurrección de Cristo”, seremos como címbalo que retiñe.

El faraón, dice el Midrash, se levanta en cada generación, en forma de tirano, Hitler, Stalin, Mao, a veces este tirano es más oscuro y sibilino, por ejemplo, disfrazado detrás de gobiernos que se dicen demócratas, y otras en forma de bioplagas, o de la tiranía del dinero, el eterno tirano, con nombre de Dios para el judaísmo y mencionado como único por Jesucristo: Mamona. La única forma de combatirlo este virus planetario es con la verdad.

Como decía San Pablo de su época, «los hombres tienen cautiva la verdad» (Rom., I, 19). El pecado contra la Verdad ha sido siempre el gran drama de la historia. Por esto Cristo pedía para sus discípulos: «Santifícalos en la verdad» (Jo., 17, 17) y San Juan exhortaba a sus fieles a que fueran «cooperadores de la verdad» (III, Jo., 8). Unidos en este empeño sentimos la necesidad de reclamar la Verdad, de no conformarnos con sucedáneos y proclamar a voz en grito: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ... 57. ¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!" (I Corintios, 15, 55).

Con todo lo dicho, no obstante, la Escritura, que narra todo lo que ha pasado, está pasando y pasará en la historia, nos trae una esperanza. En ese misterioso hacer de Dios, el tiempo tiene una dimensión a la que hemos de adaptarnos porque el “Eterno” es “eterno”. Sus tiempos no son nuestros tiempos por eso nos parece que nos ha

abandonado, que ya no habla con los hombres. Es cierto que habló con Moisés, que habló un poco menos con Isaac, que lucha con Jacob y no habla nunca con José, dialoga con los profetas, pero lo que la historia bíblica nos resalta una y otra vez es el silencio de Dios. Parece que no está. Pero en algún momento, después de que los hombres hayan hecho intentos de recurrir a otros dioses, de haber tenido que enfrentarse a esa sensación de abandono... irrumpen en la historia dando sentido a años de soledad, de sufrimiento, de aparente sin sentido del devenir de los acontecimientos. No habla con José, pero «en su historia está de totalmente presente, sin flases teofánicas [...] de tal manera que todo parece desenvolverse *como si Dios no existiera*, como diría Bonhoeffer. Solamente al final -como para la humanidad entera sucederá el día escatológico de Hijo del Hombre (Mt 25, 31-46)- a todos les parecerá evidente que él estaba allí, y no como un espectador inactivo; fue, de hecho, el más activo de todos. Lo dice José, al final del libro llorando (Gn 50, 17) en un discurso a sus hermanos – en el que se condensa claramente toda su sabiduría y el diálogo de Israel con todas las naciones; y se profetiza la revelación final de Jesucristo a todos los hombres (=su apocalipsis 1 Pe 1, 7) : *“No temáis, ¿estoy yo en el lugar de Dios? Si pensasteis hacerme mal, Dios pensó en convertirlo en un bien, para que se cumpliera aquello que hoy sucede: hacer vivir a un pueblo numeroso. Por tanto, no temáis, yo proveeré el sustento para vosotros y para vuestros hijos”* (Gn 50, 19-21)»¹⁸.

José nos muestra que la historia, cada historia, de cada hombre, de cada pueblo, no se entiende hasta que cumpla el plan que Dios diseñó para cada caso. Gracias Malik por hacernos entender que nuestra vida oculta, anodina, sin sabor, en muchos momentos, está dirigida hacia un horizonte de convergencia con el Señor, a su encuentro. Podemos desaprovechar esta oportunidad, nosotros, cada uno, pero habrá muchos otros que lo habrán aprovechado y habrán obtenido un fruto inmenso. El fruto es más grande de lo que sospechamos, y más grande que el desastre que suponemos.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 82.